

**21 de febrero, 2004.**

El reconfortante ritual de la ducha, algunas reflexiones y anotaciones rápidas, un poco de balance para que éstos días no se queden sólo en un presente ya huido y, entonces, habitar de nuevo las calles, dejarnos vencer por la sentimentalidad. Y tomar las decisiones sin protocolo, con agilidad, al margen de palabras ceremoniosas e imprecisas. Elevador de la rua de Santa Justa. Algún día, al rescatar del olvido estas fotos, puede ser que lloremos o, sorprendidos, qué curioso estábamos en Lisboa, digamos algunas cosas como mira qué felices fuimos, fíjate en la camisa que llevo. Diremos algunas de estas cosas por no decir que todo es extraño, por no decir que, de alguna manera, ya no somos aquellos turistas en Lisboa. Elevador de la rua de Santa Justa. Desde esta atalaya, desde esta ventana a la conciencia y a los tiempos, la ciudad es un poema que se escribe con piedras y sangre, con barro y vino, con luces nostálgicas y la voluntad creadora de nuestras miradas. Voy a hacerte un retrato con estas vistas, tú apoyada en la reja y, al fondo, las luces de Rossio. Voy a hacerte una foto con este fondo de luces culturales. Pero no me interesa la nostalgia de las luces, quiero captar el reflejo intenso, feliz de tu rostro, quiero hacer una fotografía de tu entusiasmo, quiero ayudarte a derramarlo por la ciudad. Y para qué esperar más, bajemos a las calles, tomemos el eléctrico (los españoles en Lisboa deben llamar al tranvía eléctrico). Mira a esos niños que viajan en el exterior del tranvía, en la clandestinidad de sus agarraderas, en el breve escalón de la puerta. Quizá nosotros viajemos así en la vida, en su revés exterior, como ilegales, agarrados con fuerza, con un frío afilado, hiriente, en la ambigüedad de no saber si queremos o no viajar en el interior de un tren como éste. Quizás sí, pero ésta noche la ciudad es nuestra risa expansiva, es este jazz que nos dibuja el paisaje, una conversación con palabras duras, emocionadas, resentidas, sobre la situación política, el cariño y la ternura que nos acompañan hasta el hostel, la lluvia en el Largo do Chiado. Esta noche la ciudad no es más que el camino que van inventando nuestros pasos, la consecuencia entrañable de cada cosa que hacemos.

